

La Lectura



Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

LA INMACULADA Y LA BESTIA.

El último número del «Boletín Oficial» del Arzobispado de Sevilla que acabamos de recibir, publica una protesta del celosísimo Prelado de aquella archidiócesis contra un sacrilegio verdaderamente horrible ocurrido en un pueblo de la misma.

Un joven que acababa de comulgar para casarse, escupió la sagrada forma a poco de recibirla, y la profanación no pasó adelante, porque providencialmente hubo quien se apercebó del caso y evitó que el cuerpo de Jesucristo fuese brutalmente pisoteado.

«Con ser tan doloroso este hecho,—exclama el piadoso Cardenal—todavía se aumenta su gravedad considerándole como síntoma de una enfermedad espantosa que aqueja a nuestra moderna edad; el odio a Jesucristo».

En efecto; el odio a Jesucristo es la nota saliente de esta sociedad sin freno que, como Lucifer, ha gritado: *Non serviam*, y aborrece al que sabe que es su Dios por que, para bien de ella misma, pone dique a sus pasiones regulando su libertad.

No vereis que esta sociedad aborrezca a Budha ni a Confucio, ni a Mahoma: sabe que una gran parte del mundo está sumida en el fetichismo, la idolatría, el bramanismo, el mahometismo, el judaísmo, y esto no la preocupa: solo Jesucristo es el blanco de sus ataques.

Días pasados, en un periódico de Alicante, vió la luz pública un artículo titulado *Alrededor de Jesucristo*, en el que se dice de la Purísima Madre de Dios, lo que en letras de molde no se atreve nadie a decir de una muger perdida.

Y aquí en casita tenemos ya un semanario que, hace juego a los disparates de Alicante escribiendo por su cuenta el siguiente pensamiento y otros peores.

La palabra religioso puede sustituirse por la de ignorante

De manera que ahora resulta, que los que creemos en Dios y conservamos un átomo de fé, somos unos necios, y que los sabios con privilegio exclusivo y patente de invención son los ateos que se burlan de todo lo que no sea comer, beber y arder.

Y no vayan ustedes a sospechar que estas atrocidades se cuecen solo en las modestas ollas del periodismo de provincia, pues allá va la siguiente del famoso *Heraldo de Madrid*, órgano del Sr. Canalejas, que en adelante habrá que coger con tenazas, (al *Heraldo*, no al señor Canalejas) para leerlo; y aún esto con permiso competente.

Habla el *Heraldo*.

Todo se corresponde en el mundo y los progresos materiales son el resultado fatal de la emancipación del espíritu humano, DUDANDO O NEGANDO CUANTAS VERDADES SE CREIAN ADQUIRIDAS DESDE EL ORDEN SOBRENATURAL AL ORDEN DE LOS FENOMENOS FISICOS.

Lo cual quiere decir que la incredulidad universal, absoluta, brutal, y atea, es el principio y fundamento de todo progreso.

¿Se quiere más? pues aún hay más.

Porque hay, que mientras estos errores, horrores y disparates, van corrompiendo al pueblo y contribuyendo al desarrollo de la anarquía y del crimen, hasta el punto de hacer llorar a los fiscales del Supremo lágrimas de tinta, hombres que se llaman católicos y que privadamente dan muestras de su fe, públicamente se declaran partidarios de la *libre emisión* de estos horrores poniendo por base de su política la *voluntad nacional*, que es lo mismo que poner la carabina de Ambrosio cargada, no de salvado, sino de violentísimos explosivos.

Porque imagínense ustedes que a la *voluntad nacional* se le ocurriese mañana mismo declararse partidaria de las doctrinas de Ravachol.

Habrà enseguida que acatar las doc-

trinas de Ravachol y convertirnos en fieras del desierto hasta comernos unos á otros y dejar solo los rabos para muestra.

Y ustedes me preguntarán ahora, ¿pero que católicos son esos que así discurren?

Y yo contestaré lo que en las zarzuelas: «Escucha y lo sabrás».

Oigan ustedes al Sr. Maura esbozar su futura política ante las mayorías reunidas hace pocos días en los salones de la Presidencia.

Nosotros, (dice) no hemos invocado para gobernar ni pensamos ni queremos mas que el bien público, apoyándonos en la VOLUNTAD NACIONAL.

Y luego añade.

Nosotros queremos que libremente se ejerciten todos los derechos políticos y para ello ponemos todo el empeño y todo el esfuerzo de nuestra autoridad para AMPARAR LA LIBRE EMISIÓN DEL PENSAMIENTO y la libre manifestación de la vida pública.

Es decir, que el Sr. Maura pone por base de su gobierno la *voluntad nacional* torcida ó derecha y por objeto de sus esfuerzos el amparar la *libre emisión de todas las ideas* buenas ó malas incluso las ravacholescas, por su puesto, pues por algo dijo *La Epoca* alabándole, hace pocos meses, que como liberal, lo era más que el Sr. Sagasta, dado que con él habían gozado de libertad toda clase de propagandas incluso la anarquista.

Y ahora me toca a mí preguntar: ¿Y qué recurso nos queda a los católicos en estas circunstancias?

Si cuando la gangrena de los grandes errores amenaza destruir el cuerpo social, hombres como el Sr. Maura se declaran partidarios de la *libre emisión* de esos errores, y lo que es peor, encuentran católicos y hasta místicos que les aplaudan y los miren como una esperanza de la patria ¿qué nos resta ya que hacer a los que por la misericordia de Dios conservamos un poco de sentido antiliberal?

Levantar los ojos al cielo y dirigirlos a

aquella Virgen sin mancha que tiene á sus pies oprimida la antigua serpiente para rogarla que apriete más y más á esa fundadora del pecado causa de todas nuestras desdichas.

ADOLFO CLAVARANA.

POSTDATA ATERRADORA

El director del periódico de Alicante *El Pueblo*, en cuyas blasfemas columnas apareció el artículo titulado *Al rededor de Jesucristo*, ha muerto sin recibir auxilios espirituales y ha sido enterrado civilmente.

Dios haya tenido piedad de su alma.

PENSAMIENTO

Ayer uno, hoy otro, mañana, sabe Dios cuantos, los hombres verdaderamente sabios van volviendo los ojos á la luz y conociendo que solo hay una esperanza de salvación social: Cristo y su fé.

Éramos unos bárbaros y hoy estamos civilizados por Cristo.

Vivíamos en las tinieblas respecto á los más importantes problemas de la vida y hoy vemos la luz por Cristo.

La sociedad era una manada de lobos, y dejó de serlo desde que influyó en ella el cristianismo, y tornará á serlo indudablemente á medida que Cristo se nos aleje arrojado por la saliva de los blasfemos que le escupen porque no pueden tolerarle.

Pero ¿qué han de tolerarle si Cristo es la virtud y ellos son el vicio; si Cristo es la humildad y ellos son la soberbia; si Cristo es la justicia y ellos son el pillaje; si Cristo es la pureza y ellos son el cieno.

¡Libre-pensamiento! ¡libre-conciencia! ¡libre-enseñanza! ¡libre-religión! ¡libre-prensa! ¿qué es todo esto sino la expresión de la bestialidad humana que pugna por romper la cadena de toda justicia?

ADOLFO CLAVARANA

EL ANTICLERICALISMO

PINTADO POR

LOS ANTICLERICALES

Para que vean los desgraciados que siguen á los políticos liberales cuánta es la farsa de estos hombres, reproducimos lo que á propósito de la cuestión clerical que tanto procuran inflar, decía un conspicuo personaje que conoce sobrado bien el paño: «Eso de la «cuestión clerical» es una guasa que solemos gastar todos los políticos para nuestros fines particulares; es más: de ella echan mano cuantos pretenden explotar á las muchedumbres indotas.»

Y el señor Canalejas, el 5 de Noviembre de 1902, se expresaba en el Congreso en la siguiente forma:

«Dejémonos de tonterías; tengamos siquiera sentido común: no hay tal «problema clerical» y por lo mismo «el país debe acoger con una carcajada homérica toda propaganda política que tome por pretexto el llamado problema clerical.»

A lo cual se nos ocurre replicar.

«Luego es muy lógico acoger con una carcajada homérica la política del Sr. Canalejas»

¿No es así?

¡Vaya si lo es!

Como queso del anticlericalismo no es más que una farsa; un ataque al catolicismo dado á impulso de las malas pasiones y de las conveniencias de los políticos de pacotilla.

UN DISCURSO DE VICTOR HUGO

«Tenemos en nuestros tiempos una desgracia, casi diré no más que una, y es cierta tendencia á no preocuparse de lo que hay más allá de esta vida.

»Al no conceder al hombre más fin ni más aspiraciones que la vida terrena y maternal, se agravan y agigantan todas sus miserias; el peso insostenible de la nada acaba de aplastar á los desgraciados; y los que no era más que sufrimiento, ó sea la ley de Dios, conviértese en desesperación, en la ley del infierno. De ahí arrancan profundas convulsiones sociales.

»¡Ciertamente, yo soy de aquellos que quieren, y nadie en este recinto lo dudará, soy ya de aquellos, repito, que quieren, no digo con sinceridad, la palabra es débil, quiero con ardor inexplicable, y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que sufren; pero la primera de las mejoras es no quitarle la esperanza!

»¡Cuanto no disminuyen nuestras miserias percederas, si van unidas á una esperanza infinita!

»El deber de todos nosotros, lo mismo los legisladores que los Obispos, los sacerdotes que los escritores, es el de repartir, de gastar, de prodigar toda la energía social para combatir y destruir la miseria haciendo levantar al cielo todas las cabezas dirigiendo todas las almas y convirgiendo todas las aspiraciones hacia una vida superior, en que se nos hará completa y estricta justicia.

»Digámoslo bien alto; nadie habrá injusta ni inútilmente padecido: la muerte es una institución.

»La ley del mundo material, es el equilibrio, la ley del mundo moral es la equidad. Dios es el fin de todas las cosas. No lo olvidemos, enseñémoslo á todos. No valdría la pena de vivir, no habría dignidad en la vida, si debiésemos morir completamente. Lo que aligera el sufrimiento, lo que santifica el trabajo, lo que forma al hombre valeroso, bueno, prudente, justo y paciente, humilde y grande á la vez, digno de la inteligencia, digno de la libertad, es tener ante sus ojos la perpétua visión de una vida mejor, que ilumina las tinieblas de su existencia.»

Estas palabras las pronunció Victor Hugo en el parlamento francés hace sesenta años. Por haberlas olvidado todos y él el primero, es por lo que hemos venido á parar al estado social en que hoy nos encontramos.

Los enemigos con sus confesiones nos ahorran muchísimo trabajo.

Y sin embargo, siguen con los ojos cerrados, contradiciendo sus palabras con sus obras.

¡Qué misterio!

SECCION RECREATIVA

UN HEROE NEGRO

Victor Rojas nació el año 1832, desde su juventud se dedicó á la pesca, sacándole el suficiente producto para mantenerse.

Era de mediana estatura, pero su vigor físico parecía ilimitado cuando luchaba con las olas.

Vestia tan solo un pantalón hasta media pierna y una camisa de tela basta. Jamás se le conoció vicio alguno, ni siquiera el de fumar; tampoco bebía vino ni licores.

Cuando todavía era un adolescente comenzó la sublime tarea á que habia de dedicar toda su vida: el salvamento de los que naufragaban en la rada de Arecibo.

Arecibo es un pueblo situado en un punto de la costa de Puerto Rico donde los naufragios son muy frecuentes.

Por espacio de muchos años presenciaron los vecinos de aquel pueblo un espectáculo conmovedor y terrible cada vez que las borrascas del Norte ó Noroeste originaban un siniestro.

Veían entonces aquellos vecinos desde sus casas al negro Victor Rojas, que soportaba el viento huracanado y la lluvia torrencial sentado en una peña y observando á los buques en peligro. Rara vez dejaba de ocurrir que alguno perdiera sus anclas y cayera sobre las rompientes, donde quedaba aprisionado hasta que el mar lo deshacía, esparciendo sus restos.

Pero apenas un buque, rotas las cadenas, era llevado hacia su tumba, Victor Rojas corría al punto de la playa más cercano, clavaba en la arena una larga barra de hierro, y haciendo en ella firme el extremo de una cuerda ó cabo, se ataba el otro extremo á la cintura. Así dispuesto, se arrojaba al mar y nadaba contra el viento y las olas. Veíasele desde tierra aparecer y desaparecer de continuo, y avanzar lentísimamente en dirección al buque náufrago.

A veces, el valiente negro invertía una hora eterna en el trayecto, pues necesitaba soportar y vencer también el peso del largo cable; pero siempre lograba llegar y subir á bordo, aunque jadeante y ensangrentado por los latigazos de las olas.

Allí se desceñía la cuerda de la cintura, y ordenaba á los atónitos marineros que la amarraran en cubierta, estableciéndose de este modo la comunicación con la playa. Pero nadie se atrevía á utilizar tan peligroso recurso; temían ser desprendidos del cable y arrebatados.

Sin embargo, era forzoso resolverse, y Rojas, sin insistir más, suspendía de súbito entre sus brazos de acero á cualquiera de los tripulantes y se deslizaba con él al agua; entonces aquél, por instinto de conservación, se agarraba al cuello y espalda fornida del negro Victor, quien, palmeándose por la cuerda, conducía ya fácilmente hasta la playa al primer náufrago salvado. Apenas lo dejaba en seco, volvía á recorrer el mismo camino; aunque con más rapidez y menos riesgo.

Su reaparición en el buque producía honda emoción; lo miraban, maravillados, al escalar la borda, recibir en pleno pecho el mismo golpe de mar que hacía trizas la murada; lo miraban con estupor cuando, magullado, herido, invitaba sonriendo á otro tripulante para que se afanzara en sus hombros...

Y un momento después desaparecía Victor con nueva carga, hecha de grado ó por fuerza.

A los pocos minutos había dejado en tierra una segunda víctima salvada, y, sin descansar, emprendía su tercer viaje.

Entretanto, á bordo reinaban la desolación y el pánico, pues el mar, siguiendo su obra destructora, había ya deshecho los fondos del buque, inundado las cámaras, y los tripulantes y pasajeros solo podían refugiarse sobre cubierta en espera de auxilio.

Así es que la nueva aparición del héroe después de su doble hazaña, no infundía terrores, sino alegría loca... Todos los brazos se extendían hacia él, y él entonces, satisfecho, daba la prioridad de su socorro a los más débiles.

¿Cuántas veces iba y volvía desde el buque á tierra aquel hombre-pezu, aquel portentoso nadador? Cuantas fueran necesarias para salvar á todos los seres humanos que albergaba el barco perdido.

Pero en muchas ocasiones, después de dejar sobre la arena al último náufrago, caía Victor á su lado, falto de fuerzas, como una masa inerte, y era preciso conducirlo á su

casa y someterlo á una larga curación. Por inverosímil que parezca, debemos consignar que, según datos oficiales, Víctor Rojas salvó *personalmente*, en un periodo de treinta años, más de DOSCIENTAS VIDAS.

Como lógica consecuencia, muchas naciones le habían recompensado, y poseía diplomas, condecoraciones y medallas de Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, etc. etc.

La última que le concedió España le fué prendida sobre el noble pecho en la catedral por el general gobernador, cumpliendo una orden expresa del ministro de Ultramar, acto solemne al que asistió todo el pueblo.

Victor Rojas, que nada poseía, se había negado siempre, con tesón asombroso, á admitir la cantidad más insignificante en recompensa de los salvamentos que realizaba. Así es que los cónsules, al notificar á sus gobiernos respectivos la pérdida de un buque y la salvación de sus tripulantes, merced á la audacia sin límites del pobrísimo pescador, solían añadir: «Adviértese que toda recompensa en metálico sería rechazada.»

Citemos un caso notable.

Cierto día el juez de instrucción de Arecibo al embarcar desde el bote en un vapor cayó al agua, sumergiéndose instantáneamente. A los gritos de los espectadores, Victor Rojas, que iba patroneando una falúa abandonó el timón, y bien orientado del sitio, nadó hacia él, y luego se zambulló para bucear.

Una ansiedad indescriptible embargó á todos, hasta que, transcurridos dos minutos, reapareció el negro á flor de agua llevando suspendido el inanimado cuerpo del juez.

En medio de aplausos y vivas atronadores, Victor lo condujo á bordo del vapor. Allí se le prestaron al juez los socorros que reclamaba su estado de asfixia, y al día siguiente pudo ser trasladado á su casa, ya fuera de peligro.

Pero, apenas recobrada la salud, el juez llamó al negro y díjole:

—Te debo la vida. Por ti no son mis hijos huérfanos... Quiero que, como prueba de mi gratitud, aceptes estos ahorros que guardaba.

Y puso en manos de su salvador un bolsillo que contenían sesenta onzas de oro.

El negro, confuso y riéndose, le contestó, á la vez que dejaba el bolsillo sobre una mesa,

—Perdone su mercé..., yo no tomo dinero. Insistió el juez sin resultado.

Luego hizo intervenir á la autoridad de marina para que Victor aceptase, pero inútilmente. El pobre pescador rechazó en absoluto aquellas sesenta onzas de tan buen grado ofrecidas.

La *Providencia de los náufragos*, como llamaban en el pueblo á Victor Rojas, había salvado también muchos niños que, jugando en el malecón del río, cayeron al agua. Entonces invariablemente, después que salvaba á un muchacho, le daba dos ó tres azotes

con su cinturón de cuero, y, cogiéndole por una oreja, lo llevaba ante el padre ó la madre, y les decía:

—Se taba ajogando... lo saque y le dí unos chincharrazos...; ahí lo tiene.

Victor Rojas fué siempre devotísimo de la Virgen del Carmen. Todos los años, desde el 1.º de Julio, salía á pedir de casa en casa para la fiesta religiosa del 16 del mismo mes, y como en todas le respondían, lograba reunir de 200 á 300 pesos.

Al amanecer del día de la fiesta, el honrado negro se vestía de gala, con zapatos, pantalón y chaqueta azul, en la que ostentaba prendidas las numerosas cruces y medallas de oro que había ganado. Y era hondamente conmovedor ver sobre el pecho de un hombre tan humilde, reunidas, agrupadas por falta de espacio, tantas condecoraciones de esas que no pueden comprarse, y que atestiguan y pregonan la gratitud de las naciones más cultas, poderosas y civilizadas.

Con ellas, orgulloso, asistía á la procesión, llevando á hombros, en unión de otros tres marineros, la imagen de la Virgen.

Cuando en 1884 se fundó en Arecibo la junta local de la «Sociedad Española de Salvamento», por la iniciativa y gestiones del capitán del puerto D. Dario Laguna, y fué edificada y pertrechada la hermosa caseta. Victor Rojas examinaba con curiosidad infantil todos los artefactos y enseres que la industria ha dispuesto para hacer más eficaces los socorros.

Y cuando, poco después, ocurrió el naufragio del «C. Hanrahan», y vió Victor que en tres minutos llevaron de la caseta á la playa un cañón Lyle, que disparó hacia el buque; que el proyectil, con su guía, cayó entre sus palos; que á bordo cobraron el cable, y que, suspendida de él, les fué enviada una canasta que trajo á tierra un tripulante por encima de las olas y las rompientes, y luego otro, y otro, hasta el último, en poco más de media hora...; cuando Victor vió que el salvamento total se había verificado con toda fortuna en menos tiempo del que él hubiese invertido para llegar nadando á la mitad del trayecto, quedóse atónito y le dijo á Laguna:

—Y ahorita... ¿qué jago yo?

Efectivamente; desde entonces tuvo Victor pocas ocasiones de luchar con las olas.

Pero la «Sociedad de Salvamento» admirada de las proezas del negro heroico, y deseando endulzarle la jubilación que le imponía, le regaló una hermosa lancha de pesca construída en los Estados Unidos, y que le fué entregada en el acto de la bendición de la caseta y del bote insumergible (al que se puso su nombre). Sin embargo, para que aceptase la lancha, hubo necesidad de decirle:

—La Sociedad salva á los que naufragan en el puerto, pero no á los que se pierden fuera. Tú, acaso, podrás hacerlo con tu barca.

Eso le convenció.

Aquel hombre, realmente excepcional, ya casi viejo, sufrió grandes amarguras y tuvo un fin tristísimo.

Yendo Rojas un día de la Virgen del Carmen vestido de gala y luciendo sus condecoraciones, un municipal borracho se las arrancó, y le dijo:

—Ningún negro debe llevar tantas cruces.

El pueblo indignado, apostrofó á aquel brujo. El capitán del puerto y el alcalde pidieron al jefe de policía que procesase al municipal, y aunque se negaba, fué tan unánime y enérgica la actitud del pueblo, que al fin ordenó la detención y cesantía del guardia.

Pero en medio de las aclamaciones con que los vecinos celebran el desagravio del héroe del mar, éste le decía llorando á Laguna:

—Seño... un moreno no debe tener cruces..., y no es chirigota..., porque ningún otro las tiene...; pero..., ¿pa qué me las dieron?

Y aunque Laguna, que ejercía sobre Victor mucho ascendiente, procuró tranquilizarle, no pudo persuadirle ya de que había ostentado con perfecto derecho y justicia todas aquellas medallas, todos aquellos honrosos premios, objeto de su veneración y de su orgullo.

Pero si el desengaño le mató la fe en su propio mérito, otro suceso terrible para él le hirió en el alma.

Cierto día que Victor había logrado pescar dos grandes lisas, le aconsejaron que las rifara: hízolo así sin acordarse de que previamente necesitaba pagar un pequeño derecho á la aduana, y la policía le prendió y entregó al Juzgado. Fué condenado á dos meses de cárcel, y aunque el capitán del puerto gestionó activamente su indulto, no pudo conseguirlo, pero sí logró que en calidad de preso fuese al hospital.

Allí sufrió su condena aquel hombre casi santo, que jamás había sido reprendido.

Cuando salió del hospital tenía perturbada la razón, y pocos meses después la perdió por completo.

Su manía era agredir á los municipales que hallaba al paso; con sus fuerzas hercúleas los cogía y volteaba, y necesitábanse ocho ó diez hombres para contenerlo.

Por último, se hizo indispensable encerrar á Victor Rojas en el manicomio de San Juan, donde solo vivió sesenta días.

A sus funerales asistió todo el pueblo; el mismo que hoy venera su memoria.

La «Sociedad de Salvamento de Náufragos», para perpetuar la efigie y honrar la memoria de este negro, uno de los más grandes y puros bienhechores de la humanidad, acordó erigirle un monumento. Como se deseaba hacer una obra de arte, su busto fué modelado por el eminente escultor D. Elias Martín, quien declaró que haría gratis el trabajo. Enviado luego el busto á la casa Masriera de Barcelona, para que lo vaciara en bronce, dijo esta casa que solo cobraría

el importe del material. Graciosamente fué llevado á Puerto Rico en un vapor de la Trasatlántica, y sin dispendio también se levantó el pedestal á la estatua de este hombre grande y virtuoso á quien Dios quiso sin duda santificar dándole á gustar á última hora la cruz de sus dolores.

Pedro de Novo y Calsón.

SUETOS Y VARIEDADES

TÓMATE BEATOS

El actual Gobierno que preside el señor Maura ha dictado una Real orden por medio de su ministro de Instrucción para que en el último é improrrogable plazo que fija, se provean de títulos académicos los profesores de enseñanza no oficial.

El Liberal aplaude, como es natural, este nuevo disparo contra las Congregaciones y colegios particulares, dedicados á la enseñanza, último baluarte de los católicos españoles que quieren salvar á sus hijos de la corrupción escolar, y la vieja *Epoca*, la eterna Celestina encargada de surcir todas las voluntades de la maldad revolucionaria dice á su colega frotándose las huesosas manos. ¿Ves tonto, ves? ¿Ves como no tienes razón para atacar á este Gobierno?

Dialogo que hacen como que no oyen los católicos liberales conservadores que siguen apoyándole.

LOS LIBROS PROHIBIDOS

Hallándome cierto día en una casa de campo trabé conversación con su dueño acerca de un libro malo que alcanzaba por entonces cierta celebridad.

—¿Lo ha leído usted?—preguntóme.

—Yo no, porque no puedo, según el juicio de personas autorizadas.

—¡Ah! usted ha hecho mal, amigo mio! es preciso leerlo todo!

Iba á oponer la debida réplica, cuando providencialmente sin duda, entró, introducido por la cocinera, un verdulero con un cesto de magníficos hongos. Mi amigo, que era aficionadísimo á ellos, los observó y olió, y luego me dijo con aire poco satisfecho:

—¿Qué le parece á usted?

—¿A mí me lo pregunta usted?—dije;—razonable es pedir el parecer á la cocinera, que es juez competente en la materia.

Requerida ésta, declaró que los hongos eran venenosos; por lo que mi amigo dispuso fuesen inutilizados.

—Dispense usted, querido,—le dije,—primero debiera usted probarlos por sí mismo,

—Pero, si fuesen nocivos?

—No, no: es preciso hacer experiencia de todo. ¿No me lo acaba de decir ahora mismo propósito del libro?

Al oír estas palabras comprendió mi amigo la moraleja y estrechóme la mano con efusión.

Lector prudente, dejemos á la cocinera juzgar acerca de los hongos, y á la Iglesia que juzgue y condene los libros. Muchos se han envenenado moralmente por el insensato prurito de querer juzgar por sí mismos los libros y periódicos reprobados.

LAS LECTURAS.

Los libros buenos son cartas de los santos que bajan del cielo, y los malos son cartas de los condenados, que suben del infierno.

Los libros buenos alumbran é iluminan; los libros malos queman y abrasan.

Hay manjares para el cuerpo que lo into-

xican, hay lecturas para el alma que la matan...

¡Cuántos jóvenes han perdido la conciencia, la Religión, la fe y el alma por las lecturas!

EL PAN DE VIDA

Si el Pan eucarístico, recibido con las disposiciones convenientes, da la vida eterna, ¿no es de temer que, renunciando á este alimento sagrado y permaneciendo alejados del Cuerpo del Señor, perderemos la vida, según aquella amenaza: «Si no coméis la Carne del Hijo del Hombre y no bebéis su Sangre, no tendréis vida en vosotros?»—(San Cipriano.)

EL MISTERIO

El pensador maduro por la edad, que ha recorrido todo el camino de las ciencias, no ve en el misterio más que el límite natural de su propio espíritu; reconoce en él el sello más auténtico de la divinidad de la Religión, la marca cierta de la inteligencia increada, algo, en fin, que nos ordena meditar, más no profundizar; sabe que Dios no obra sin razón; y su palabra carecería de objeto, si revelase, en vez de misterios, verdades que el hombre sabe ó puede saber, que comprende ó puede comprender por sí mismo y sin ayuda de la revelación; y sabe además que cuando Dios cree prudente revelarse, se revela de un modo digno. Para el pensador novel, por el contrario, todo lo que es superior á la razón, es contrario á ella, y se apresura á declarar absurdo todo lo que no comprende.—(Hettinger.)

LECTURAS POPULARES

6.ª COLECCION

Cuentos artículos y diálogos de D. Adolfo Clavarana director de LA LECTURA POPULAR.

Nueva edición de los seis primeros tomos.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no vengan precisamente acompañados de su importe y del valor del certificado si se desea esta garantía.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »
Un octavo id.	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pá. 6.ª principal.